

AA 90

ONZA, TIGRE Y LEON

REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA



ABRIL -- 1943

No. 46

HECHOS HISTORICOS

BATALLA DE MATASIETE



El jefe español General Morillo con el grueso de su ejército se dirigía contra los margariteños.



El patriota General Francisco Esteban Gómez, que gobernaba la isla, organizó la resistencia.



Morillo, después de ocupar a Porlamar, El Valle y Pampatar, marchó sobre La Asunción.



Los heroicos margariteños hicieron frente al enemigo atrincherándose en el cerro de Matasiete.



El día 31 de julio de 1817, fueron allí definitivamente derrotados los españoles.



Después de la batalla de Matasiete, Morillo vióse precisado a abandonar la isla, que quedó en poder de los españoles.

ONZA, TIGRE Y LEON

REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA

DIRECTOR: RAFAEL RIVERO O.

EDITADA POR LA DIRECCION DE CULTURA DEL MINISTERIO
DE EDUCACION NACIONAL

Talleres de Artes Gráficas de la Escuela Técnica Industrial.

N° 46

CARACAS, ABRIL DE 1943

AÑO 5

S U M A R I O

AMENIDADES GEOGRAFICAS

AGUAS TERMALES 2

HOMBRES DE LA CONQUISTA

DIEGO DE ORDAZ 5

PESQUERIAS INDIGENAS

LA NAZA 7

CUENTOS POPULARES

LA LAPA Y LOS CACHICAMOS 8

MARAVILLAS DE LA NATURALEZA

LA ARAÑA BUZO 11

LOS NIÑOS COLABORAN

COPLAS LLANERAS 12

ENTRETENIMIENTOS

CUADRIGRAMA 16

AMENIDADES GEOGRAFICAS

AGUAS TERMALES

(Extracto de una relación del Barón de Humboldt)



Entre los ríos afluentes del Lago de Valencia hay algunos que deben su origen a fuentes termales. Estas fuentes brotan en tres puntos de la serranía granítica de la costa: cerca de Onoto, entre Turmero y Maracay; en Mariara, y en las Trincheras, junto a la carretera que conduce de Valencia a Puerto Cabello. Aquí sólo trataremos de las dos últimas fuentes nombradas.

La Quebrada de Aguas Calientes se encuentra a algo más de cinco kilómetros de Mariara, yendo hacia el Noroeste, en unos montes poco elevados, junto al Muro del Diablo. La Quebrada tiene varias pequeñas cavidades por donde manan las aguas. La temperatura de los pozos varía entre 36 y 59 grados centígrados, siendo curioso que los que se hallan a menor altura tienen una temperatura más elevada. Las aguas cálidas que brotan de los manantiales se reúnen y forman un riachuelo, el *Río de Aguas Calientes*, el cual, diez metros más abajo, no tiene más de 48 grados de temperatura. En la época de las lluvias el caudal de estas aguas se acrecienta considerablemente, pero esto hace que su calor sea más menguado.

Todos los manantiales que forman dicho arroyo están débilmente cargados de gas de hidrógeno sulfurado. El hedor a huevos podridos, propio de este gas, no se percibe sino cuando se llega junto a los manantiales. En otras aguas, que tienen mayor cantidad del referido gas, su olor se extiende a distancias bastante grandes.

En uno solo de los pozos de la quebrada, el cual tiene una temperatura de 56 grados y dos décimos; es manifiesto el desprendimiento de burbujas de aire, a intervalos bastante regulares de dos a tres minutos. Se observa que estas burbujas parten constantemente de los mismos puntos, que son cuatro diferentes. Rebullendo el fondo del depósito con un palo, apenas se logra hacer cambiar ligeramente los puntos de donde se desprende el gas hidrógeno sulfurado. Esos puntos corresponden indudablemente a otras tantas aberturas o grietas en la roca del fondo. Cuando las burbujas aparecen en una de las hendiduras, la emisión del gas sigue inmediatamente después en las otras tres. Algunas yerbas junto a los manantiales, aparecen incrustadas con azufre. Cuando se dejan enfriar las aguas de Mariara en un vaso abierto, apenas es perceptible el depósito de azufre que se forma, seguramente por ser muy pequeña la cantidad de gas desprendido y por no renovarse éste. Enfriadas estas aguas, no tiene sabor alguno y son bastante potables. La cantidad de sales disueltas en ellas es insignificante, lo cual es bastante extraño en aguas cálidas que salen inmediatamente de las montañas graníticas.

En medio de los pozos más calientes de la Quebrada de Mariara, cuya temperatura llega hasta 59 grados centígrados, vegetan sin embargo dos especies de plantas acuáticas. Ahora, ninguna clase de insectos acuáticos se encuentran en ellos. Algunas veces se descubren ranas muertas que, huyendo de algún enemigo, han saltado dentro de las aguas y perecido allí.

Al Sur de la quebrada, en la llanura que se dilata hacia la ribera del lago, brota otro manantial hidrosulfuroso, menos cálido y más tenuemente impregnado de gas que los anteriores.

Las aguas de Mariara empléanse con éxito contra dolencias reumáticas y ciertas afecciones de la piel; pero, estando los manantiales muy débilmente cargados de hidrógeno sulfuroso, hay que bañarse en el preciso punto en que surgen. Estas mismas aguas se emplean más lejos en la irrigación de las siembras.

El lugar en que se encuentran los manantiales de Las Trincheras, debe este nombre a unas pequeñas fortificaciones de tierra que, en el año de 1677, construyeron allí los filibusteros franceses que saquearon la ciudad de Valencia. Los manantiales de este sitio, son mucho más abundantes que los de Mariara y forman un arroyo de más de medio metro de hondo por seis de ancho. La temperatura del agua se mantie-

ne a algo más de 90 grados centígrados. Después de los manantiales de Urijino, en el Japón, que dicen ser de agua pura, con 100 grados de temperatura, las aguas de Las Trincheras, de Puerto Cabello, parecen ser las más cálidas del mundo. Huevos de gallina, metidos en estas aguas termales venezolanas, se cuecen en menos de cuatro minutos.

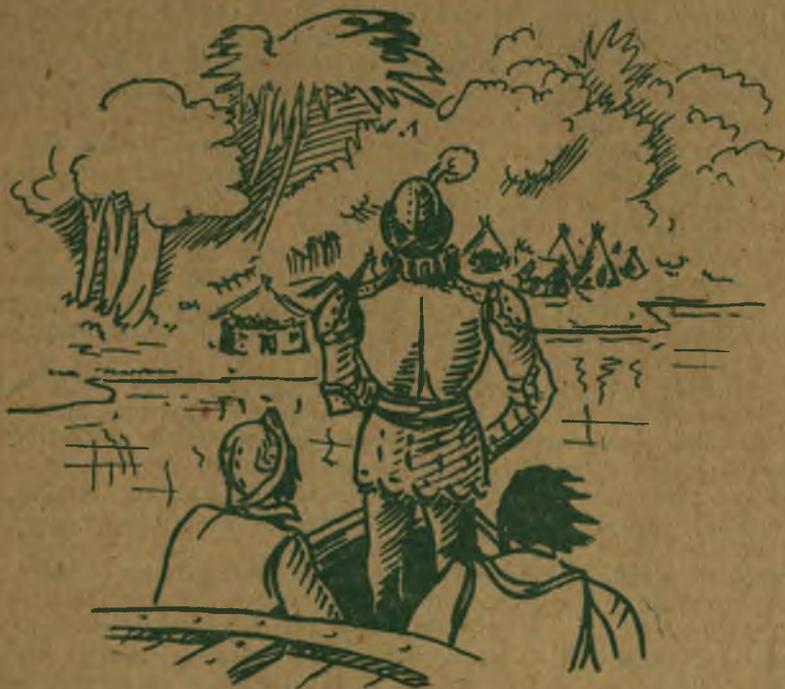
Los manantiales de Las Trincheras, brotan del dorso de una colina que se eleva a cuarenta y cinco metros sobre el fondo de la quebrada. Es de genuino granito de grano grueso, la roca de donde propiamente surgen las aguas, las cuales están fuertemente cargadas de hidrógeno sulfurado, y donde quiera que se evaporan al aire libre, forman depósitos e incrustaciones de carbonato de cal.

Sorprende la riqueza de la vegetación que rodea esta fuente. En el fondo de una charca cuya temperatura se eleva a 85 grados, han echado raíces Mimosas de hojas tenues y pinadas, Clusias e Higueros. Las ramas de estos árboles se tienden rozando casi la superficie de las aguas; y humedecido constantemente por el vapor caliente, el follaje de las Mimosas goza con todo del más hermoso verdor. Un Arum de tallo leñoso, con grandes hojas sagitadas, se elevaba en medio de una poza cuya temperatura era de 70 grados. Estas mismas especies de plantas vegetan en otras partes de estas montañas a orillas de torrentes en los que el termómetro no sube a 18°. También es muy extraño que, a doce o quince metros de distancia del punto en que brotan los manantiales que tienen 90 grados de temperatura, los haya completamente fríos. Durante algún espacio siguen unos y otros una dirección paralela, pudiendo uno procurarse un baño de una temperatura determinada, abriendo un hoyo entre ambos arroyos. Numerosos enfermos acuden a estas fuentes termales en busca de salud.

El arroyo que forman estos manantiales se dirige al Noreste, y se convierte, cerca de su desembocadura en el Lago de Valencia, en una vertiente considerable poblada de grandes cocodrilos.



DIEGO DE ORDAZ



Fué Diego de Ordaz un valeroso conquistador que se distinguió al lado de Cortés en la conquista de México. Vanagloriábase este hombre audaz de haber logrado extraer azufre del cráter del volcán de Popocatepetl, de México, por lo cual el emperador Carlos V le había permitido en sus blasones, el uso de un volcán inflamado.

Habiendo sido Ordaz nombrado *Adelantado* de todo el país que pudiera conquistar entre el Brasil y Venézucla, comenzó sus expediciones por la desembocadura del río Marañón. Remontando la corriente, vió en manos de los indios "esmeraldas grandes como el puño". Los naturales hiciéronle saber que "navegando durante cierto número de soles hacia el poniente, descubriría una gran peña de piedra verde"; pero antes de llegar a la pretendida mina de esmeralda, un naufragio puso fin a todo descubrimiento ulterior. Con grandes trabajos y penalidades, pudieron salvarse los españoles en dos embarcaciones pequeñas. Apresuráronse a salir de la desembocadura del Amazonas, y las corrientes que en esos parajes llevan con fuerza hacia el Noroeste,

condujeron a Ordaz a la costa de Paria, en el territorio del cacique Yuripari. Como el sitio estaba muy próximo a la desembocadura del Orinoco, el conquistador resolvió internarse en una expedición por este gran río.

Los indios del cacique Yuripari, que al principio habían recibido a Ordaz con muestras de simpatía, cambiaron de parecer dando fuego al poblado y matando algunos españoles. En el año de 1531 Ordaz se puso en marcha yendo en contra de la corriente del Orinoco, y llegando a otro poblado indígena llamado *Carao*, en el cual había gran cantidad de habitantes, quienes al ver a los conquistadores comenzaron a gritar: *Uayana!, Uayana!*, con lo que, en su lenguaje, querían expresar que los hombres que venían tenían los rostros pálidos o descoloridos. De las voces de esos indios se derivó el nombre de Guayana.

Irritado Ordaz con el comportamiento de los indios del cacique Yuripari, y creyendo que estos otros harían otro tanto, decidió, injustamente, incendiar el poblado de *Carao*, al cual dejó envuelto en llamas mientras continuaba su viaje, remontando el río. La expedición pasó por *Cabruta* y llegó a la boca del *Meta*, donde con muchos peligros, el conquistador hizo pasar sus embarcaciones a través del raudal de *Carivén*. Los indios *Aruacos*, que servían de guías a Ordaz, le aconsejaron que remontase el río *Meta*. Afirmaban ellos que avanzando hacia el Oeste, encontrarían hombres que usaban ricos vestidos, y que tenían oro en abundancia que extraían de sus minas. Pero Ordaz no quiso prestar oídos a los indios y prefirió proseguir la navegación del Orinoco; mas, unas cataratas infranqueables, le detuvieron definitivamente, obligándole a poner término a sus descubrimientos.

En este viaje, el mayor que los españoles habían llevado a cabo hasta entonces en un río del Nuevo Mundo, fué cuando se oyó pronunciar, por vez primera, el nombre de Orinoco. Según Ordaz, el gran río, desde su desembocadura hasta su confluencia con el *Meta*, se llamaba *Uriaparia*, y de la confluencia hacia arriba era designado con el nombre de *Orinucu*. Esta palabra, según Humboldt, es seguramente de origen tamanaco, y como los indios *Tamanacos* viven al Sureste de la *Encaramada*, es natural que los conquistadores no hayan llegado a conocer el nombre actual del río hasta no haberse acercado al *Meta*.

Al regreso de la fracasada expedición, defraudado Ordaz en sus ambiciones, fué además hecho prisionero por Pedro de Ortiz, quien lo envió a comparecer ante la Audiencia de Santo Domingo, para que respondiera de los actos cometidos en tierras que no eran de su mando.

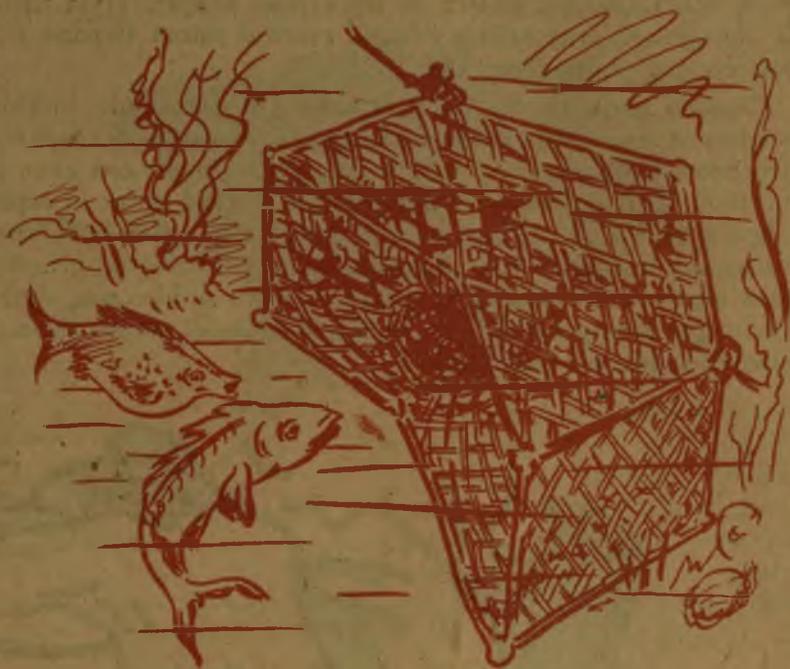
Ante los jueces, Ordaz obtuvo el triunfo, y más aún, llevó el pleito hasta España. Viniendo luego de regreso, falleció durante la travesía. Así acabó el hombre que llevara a efecto la primera expedición por el Orinoco, río descubierto por Vicente Yáñez Pinzón, en el año de 1500.



PESQUERIAS INDIGENAS

L A N A Z A

(Condensación de un artículo de Ramón Mudarra Gómez)



El mar que baña las riberas del Estado Sucre es un mar abundantemente pesquero; lo explica su clima, la excepcional extensión de sus bajos fondos y la variable salinidad de sus costas, de manera que las distintas especies encuentran ambiente apropiado para el mejor desarrollo de sus conformaciones biológicas.

El nativo realiza de tres formas diferentes y tradicionales la pesca. La primera a "naza", trasunto fiel del arte aborigen, enciclopedia mañosa de los primeros pobladores que se las ingeniaban para arrancar a las profundidades del mar y al vivero inagotable los peces necesarios a la alimentación de la tribu; la segunda a cordel, y la tercera a redes, estas dos últimas, aportaciones primeras del arte de la Península a la América India.

La pesca a "naza" se lleva a efecto en todos los meses del año, pero es fama que los de octubre a diciembre bridan mayor rendimiento. Este género de pesca está limitado a ciertas especies como el mero, pargo,

(Continúa en la Pág. 15)

L A L A P A Y L O

En una montaña, dentro de un espeso bosque, vivía un cachicamo con sus hijos. El tiempo era muy bueno y había muchas raíces tiernas y jugosas, y varias plantas silvestres que podían comerse.

Cuando hacía mucho sol y el calor era demasiado fuerte, el cachicamo y sus hijos se iba a un riachuelo de aguas frescas y transparentes que corría entre árboles frondosos, y allí, se sumergían todos con gran placer. De noche se cobijaban bajo el tronco de algún árbol caído o entre la espesura de cualquier matorral. Y así, la vida para estos animalitos transcurría agradable y tranquila. Pero llegaron los malos tiempos; grandes nubes negras oscurecieron el cielo y la selva se hizo tan sombría que parecía que siempre fuera de noche, y como el sol no lucía, un frío tremendo sentíase a toda hora.



Los cachicamitos andaban de mal humor, sin ganas de juegos ni de carreras, y sus padres, tiritando, permanecían el día entero acurrucados.



CACHICAMOS

familia. El
 másimas frutas

en su mujer y
 por
 se



dos, sin ánimos de salir en busca de alimento. Pero, aquí no paró todo; llegó un momento en que las nubes se desgajaron en grandes cataratas de agua y los relámpagos empezaron a cente-

llear deslumbrantes, seguidos de truenos espantosos, haciendo huir horrorizados a todos los habitantes de la selva.

Los hijitos de los cachicamos comenzaron a llorar desesperadamente, llenos de miedo con el frío, doliéndoles en lo profundo de los huesos.

La madre de los animalitos, temblando, habló al padre:

—Esto no puede seguir así; habrá que buscar algún sitio donde podamos refugiarnos.

—Sí, tendremos que hacernos una casa —dijo el padre— y poniéndose en marcha, se fué en busca de un lugar apropiado para construir una madriguera.

Anduvo mucho tiempo bajo la lluvia, saltando charcos y resbalando a cada momento sobre la tierra cenagosa. Por último, en un pequeño barranco, que guarecía una peña saliente, encontró el sitio conveniente. Inmediatamente se puso a cavar con las uñas, removiendo la tierra húmeda, de la cual hubo bien pronto un gran montón apilado frente a la boca de la cueva. A los pocos momentos, el cachicamo había desaparecido dentro del túnel que cavaba, y en menos de dos horas, ya la obra estaba terminada.

El mismo día todos se trasladaron a la nueva vivienda. La madre barrió bien el piso y limpió todo, mientras los hijitos, al calorillo confortable de la abrigada caverna, volvían a jugar como en los buenos tiempos. El padre había salido en busca de comestibles y bien pronto regresó cargado de abundantes y sabrosas provisiones. Todos comieron con gran apetito, y por la noche durmieron agradablemente, sin sufrir ninguna molestia por causa del frío o de la lluvia, cuyos goterones se sentían caer fuera, sobre las hojas de las plantas, produciendo un suave y monótono rumor, propicio al sueño.

En la misma selva, vivía también una vieja lapa, gruñona y de carácter irritable, la cual era en extremo perezosa y de malvados instintos. Cuando comenzaron las lluvias, su índole se agrió más aún, y élla, que siempre había vivido sin preocupaciones y sin morada fija, para evitar las molestias del frío y de la lluvia que constantemente caía del cielo, pensó en buscarse una casa donde guarecerse; pero era demasiado perezosa para construirse una morada por sí misma, y por eso empezó a correr bosque arriba y bosque abajo esperando encontrarse una cueva abandonada que pudiera servirle. Mas, todas las antiguas madrigueras abandonadas que existían en la selva, se habían derrumbado con los aguaceros.

Cansada, la lapa descubrió al fin la vivienda de los cachicamos. Le pareció muy bien situada y la deseó para sí; pero estaba habitada, no cabía duda; en el suelo húmedo se veían numerosas huellas recién marcadas. Sin embargo, la lapa se acercó más a la cueva y metió dentro la cabeza. Escuchó voces y se retiró refunfuñando. Indignada pensó: "Qué mala suerte la mía; todos los animales de esta selva tienen sus casas. Sólo yo no puedo encontrar dónde meterme", y siguió su camino. Pero, en su tosca cabezota comenzó a bullir una idea maligna. La vivienda de los cachicamos le había parecido inmejorable, y decidió poner en práctica una estratagema que se le había ocurrido para apoderarse de ella. Era imprescindible echar de allí a los cachicamos. Luego, que se las arreglaran ellos como pudieran.

El malvado animal conocía un sitio del bosque en que había un viejo horno de carbón abandonado. Hacia allí dirigió sus pasos, y cuando hubo llegado, se revolcó bien en el polvo negro, tiznándose completamente todo el cuerpo, desde el extremo del hocico hasta la punta de la pequeña cola. Adquirió así un espantable aspecto. Parecía un mismísimo demonio; negra completamente, con sólo los dos ojos brillando, como un par de carbones encendidos.

(Continúa en la Pág. 13)

L A A R A Ñ A B U Z O



Hay un caso admirable representado por la habilidad en el trabajo de la araña de agua (*Argyroneta acuática*), habilidad que podemos atribuir al instinto, si queremos, pero es un instinto que eclipsa todo lo que puedan hacer los vertebrados más superiores. La araña en referencia es un insecto completamente terrestre en todo cuanto a su organización física concierne, como las arañas domésticas. Sin embargo, éste pequeño animal vive en el agua y hace en medio del líquido una especie de campana o globo submarino, en el que cría a sus hijos, pasando ella misma largo tiempo en su interior.

La extraña e ingeniosa morada de la araña acuática y su familia, tiene la forma de un pequeño domo o saco de seda que el animal teje debajo del agua y que sujeta a las plantas acuáticas, a fin de impedirle que flote. Este pequeño balón sedoso es inflado por la araña,

(Continúa en la Pág. 14)

LOS NIÑOS COLABORAN

COPLAS LLANERAS



Recolectadas por
LUIS GERARDO TOVAR, h.
de 10 años, alumno del "Instituto
San Pablo", de Caracas.

Esta noche vendré tarde
porque el burro se perdió;
si sientes pasos de burro,
te asomas, que seré yo.

Me puse a torear un toro
para demostrar mi brío.
El toro se hallaba en Coro
y yo en Valencia "escondío",

Puerto Rico no es tan rico
como me lo han ponderado,
ni Bajo Seco es tan seco,
ni Apure tan apurado.

Yo me fui para los llanos
a aprender a jinetear.
Me monté en un burro muerto
y no me pudo tumbar.

No te remontes tan alto,
prenda de tanto valor,
que el árbol que más se eleva
le tumba el viento la flor.

Si porque canto me arrestan,
me la pasaré llorando;
¿por qué no arrestan los gallos
que se la pasan cantando?

Estas muchachas de ahora,
yo les diré como son:
alegres para una fiesta
y tristes para el fogón.

Más allá de no sé dónde,
mataron a no sé quién;
si no corro tan duro,
me matan a mí también.

Mi madre me dió un consejo
y me lo dijo mi abuela:
Quien tenga rabo de paja,
no se arrime a la candela.

LA LAPA Y LOS CACHICAMOS

(Continuación de la Pág. 10)

En esa facha retornó a la cueva de los cachicamos, y tomando impulso, emprendió a correr y penetró dentro de la vivienda, como un ciclón negro, derribando cuanto encontraba, y gruñendo y castañeteando los dientes de manera terrible.

Los cachicamitos empezaron a chillar, asustados, y los padres, temiendo por la vida de sus hijos, los tomaron en brazos y huyeron a todo correr, internándose en el bosque, dejando su casita abandonada, a merced del extraño invasor.

Con la carencia de todo, comenzaron de nuevo las penalidades. Como continuaba lloviendo, tuvieron que meterse en alguna parte, y para ello, lo mejor que encontraron fueron las raíces salientes de un bucare gigantesco. Allí pasaron toda la noche, bajo un viento húmedo y frío que entumecía todos los músculos; máxime cuando el suelo estaba todo encharcado y tenían que permanecer con los pies sumergidos en el barro.

Al amanecer, todos se sentían extenuados y hambrientos. El cachicamo padre intentó salir en busca de alimento, pero no pudo; estaba débil y sus piernas agarrotadas eran incapaces de movimiento alguno. Los chiquitines empezaron a llorar desconsolados. Por fortuna un cazador que andaba por la selva escuchó los lamentos y se puso a buscar por todas partes, logrando dar, al fin, con el refugio de los animalitos. Ellos le contaron cuanto les había acontecido, y el buen hombre les ofreció devolverles su vivienda.

Comenzó por llevárselos a todos consigo, para lo cual hizo una especie de bolsa con su capote de cobija, y metiendo dentro a los animales, se los echó a la espalda. Ellos le guiaban, indicándole el camino, y así llegaron frente a la cueva que les había quitado la malvada lapa.

El cazador se arrodilló en el suelo e introdujo el cañón de su escopeta por la boca de la madriguera. Revolvió un poco dentro, y en el interior se escucharon unos sordos gruñidos.

Los cachicamitos volvieron de nuevo a llorar, diciendo:

—¡Es el demonio negro! Va a salir y nos querrá devorar a todos.

Pero el cazador se puso a reír y dijo:

—No, no es ningún demonio negro. A esta bandida yo la conozco bien. Es la lapa vieja. Una grandísima ladrona que desde hace meses viene arruinando mis sembrados. ¡Ahora va a pagármelas todas juntas!

Y el hombre continuó removiendo dentro de la cueva con su escopeta, pero la lapa gruñía furiosa y daba dentelladas en el hierro, mas, sin ninguna muestra de querer abandonar la madriguera que había robado.

—Ya que no quiere salir por las buenas —murmuró el cazador— tendrá que hacerlo por las malas.

El hombre encendió fuego en la boca de la cueva, y puso sobre las llamas hojas y cortezas de árboles húmedas. Una gran columna de humo empezó a elevarse, y el cazador, soplando con su sombrero, hizo que ésta penetrara dentro de la caverna.

Asfixiada por el humo, la lapa comenzó a toser.

—Sigán soplando ustedes —dijo el hombre a los cachicamos— y él, preparando su escopeta, se puso a esperar.

Dentro, la lapa continuaba tosiendo desesperadamente y gruñendo llena de rabia. De pronto lanzó un bufido y apareció corriendo por entre el fuego. Saltó por sobre los cachicamos y, huyendo despavorida, trató de ganar el bosque; pero, antes de que lograra hacerlo, sonó una detonación y el cazador bajó su escopeta con el cañón humeante.

Aquella noche la cena del cazador estuvo compuesta de lapa horneada, la cual resultó gordísima y muy rica.

Por otra parte, los cachicamitos y sus padres siguieron viviendo en su casa; contentos y tranquilos, sin que nunca nadie más volviera a molestarlos.

L A A R A Ñ A B U Z O

(Continuación de la Pág. 11)

que lleva pacientemente burbuja tras burbuja de aire, las cuales son transportadas adhiriéndoselas el animal a los pelos de su abdomen.

Y en este mágico recinto se alberga un ser de respiración aérea que se refugia en él, sustentándose del oxígeno que él mismo condujo en forma de burbujas, dándose la curiosa paradoja de una vida perfectamente aérea ubicada dentro del agua, análoga a la del buzo durante sus trabajos submarinos. Ningún relato, producto de la imaginación, puede sugerir una idea más singular e ingeniosa. La araña de agua se anticipa al descubrimiento de la campana de buzo.

L A N A Z A

(Continuación de la Pág. 7)

cuna, cachicato, guanapo, corocoro y otras inferiores que viven en los bajos fondos pedregosos a cubierto del ataque alevoso de especies como la picúa, etc., que de ellos se alimentan.

Lo que denominan los pescadores el "persogue" es la unidad completa formada en términos generales por dos o cuatro nazas, según sea el tamaño, y a las cuales une un cordel, o bejuco que es el material propiamente empleado, de veinte brazadas o más de extensión, de forma que al caer los implementos en las profundidades del mar, gocen de suficiente distancia entre unos y otros, para mayor facilidad en el trabajo.

La "sembrada" de las nazas se efectúa en las horas de la mañana, cuando la brisa aún no ha agitado lo suficiente al mar como para que el oleaje obstaculice las labores. Llegado el bote al vivero acostumbrado con su voluminosa carga de aparejos, que semeja una pirámide ondulante, a la cual equilibra solamente la veteranía del remero, el pescador de pie en la "paneta" otea el horizonte en busca del árbol, la escisión en la montaña, la punta o la ensenada que servirá para determinar con seguridad la zona marítima donde han sido sumergidas las nazas. Depositadas las cuales, en las entrañas de las aguas, a una prudencial distancia unas de otras, de forma que todas escalonadas opongan una barrera de resistencia a las corrientes submarinas, sólo habrá que esperar el tiempo necesario para iniciar la recolección de la cosecha, con lo cual se pondrá fin al "lance".

Con la frase habitual "levar la naza" se significa en el Oriente venezolano la traída desde el fondo a la superficie de las aguas del implemento aborigen.

Confiado, con esa seguridad del que sabe que el mar no defrauda el esfuerzo, el pescador inicia con el despunte del alba su labor de ordinario; armado del "garapiño" da principio a la tarea del "arrastre" que se caracteriza por el ir y venir del buque en diferentes direcciones, hasta que los garfios invertidos del mismo enganchen en la profundidad azulada el tendido seno del bejuco que une a las nazas; entonces es cuando advertido por la tensión del cordel, empezará el ascenso, reapareciendo las jaulas de cañas en la misma forma en que fueron sembradas, al mismo tiempo que la borda se ilumina de un revolotear enloquecido de peces en cautiverio.

C U A D R I G R A M A

ENTRETENIMIENTOS

por CARLOS JOSE MANRIQUE

San Sebastián, Estado Aragua.

1	M	A	L	•
2	A	N	I	L
3	P	O	L	O
4	A	S	A	R

HORIZONTALES:

- 1.—Lo que no es bueno.
- 2.—Color azul.
- 3.—Al Norte de Groenlandia.
- 4.—Poner al fuego.

VERTICALES:

- 1.—Representación Geográfica.
- 2.—Doce meses. (Plural).
- 3.—Flor.
- 4.—Agradable al olfato.



FLORA VENEZOLANA

LA UVA DE PLAYA

(COCCOLOBA UVIFERA)

Arboles de 5 a 12 metros de alto que nacen silvestres en nuestras playas arenosas y rocallosas del mar, en tanta abundancia que parecen pequeños bosques. En medio de las lustrosas y redondas hojas, se descubren numerosísimos racimos de bayas ovoideas de 12 a 16 milímetros de longitud, semejantes a la uva negra cuando está madura, las cuales tienen un sabor dulce, ligeramente salobre, bastante agradable al paladar. La madera es rojiza, dura y elástica, aplicable en carpintería. Da también un tinte colorado y un extracto rojizo, astringente, que es uno de los “kinos” del comercio.



FAUNA VENEZOLANA

E L Z O R R O

(CERDOCYON THOUS)

Este animal es muy común en el país. Vive tanto en los montes bajos, como en los cerros y demás sitios próximos a las viviendas del hombre, donde puede atacar a las aves domésticas, pequeños mamíferos y huevos; a falta de estos alimentos, suele gustar de las frutas maduras.

Su cuerpo tiene un largo medio de 70 centímetros, y la cola aproximadamente unos 30 Cms.; su pelaje es áspero y compuesto de pelos gris-amarillosos y negros, cuyo conjunto es más obscuro en el lomo y espaldas; la cabeza es más bien rojiza, y las orejas son cortas con la punta negra; la quijada es blanco sucio con el extremo negro; los dedos de las patas están reunidos por una membrana poco extensible y armados de uñas cortas. La cola está poblada de pelos del mismo color del cuerpo, pero con una mancha negra encima de la primera mitad.